

# La historia como desafío de la libertad

Gabriel Mora Restrepo\*

**Resumen:** esta conferencia explora los conceptos centrales y la perspectiva gnoseológica asumida en la obra *Historia de las ideas y del pensamiento político* del profesor Rodríguez Iturbe. Se hace una exposición breve de los principales temas y cuestiones desarrollados en dicha obra, junto a las distintas perspectivas de análisis empleadas por el autor. Se pasa a desarrollar luego las diferentes formas de escribir la historia, la distinción entre la "narración" de eventos y la "participación" del historiador en dicha narración, la influencia de las "ideologías" en algunos autores, la falacia mediante la cual se "inmanentiza" la escatología, y la perspectiva gnóstica que sirve de sustento a este tipo de historias. En la parte final del escrito se plantea que la obra del profesor Rodríguez Iturbe tiene un profundo sentido terapéutico al ser contrastada su forma de ver y analizar la historia, con las "historias" escritas por autores anteriores, pues su vocación a la verdad le ha permitido llevar a cabo un estudio sin reduccionismos y con un claro sentido de unificación. Sobresale en esta parte la alusión, tanto a las virtudes del historiador, como al sentido de la historia, immanente y trascendente, que soportan el andamiaje de conceptos y desarrollos de la obra escrita por Rodríguez Iturbe.

**Palabras clave:** historia, immanencia, trascendencia, escatología, positivismo, ideología, gnosticismo, *intellectus fidei*.

**Abstract:** This conference explores the main concepts and the gnoseological perspective assumed in the work of history of the ideas and the political thought, of Professor Rodríguez Iturbe. Its main goal is to make, in the first place, a brief presentation of the main subjects and topics developed in this work, along with the different forms of analyses used by the author. The lecture deals then with the different types of writing history, the distinction between "narration" of events and the "participation" of the historian in this narration, the influence of "ideologies" in some authors, the *fallacy* of the *immanentization of eschatology* in which some of them incur, and the *Gnostic* perspective that this type of histories serves as sustenance. In the final part of the writing, the lecture establishes that the work of Prof. Rodríguez Iturbe has a deep therapeutic sense in comparison to "histories" written by authors like the previous ones, because its vocation to Truth has allowed him to carry out a study without any reductionism, and with a clear sense of unification. It ends with a reference to the virtues of the historian, and the *meaning in History*, immanent and transcendent, which supports the concepts and developments of the work written by Rodríguez Iturbe.

**Key words:** History, immanence, transcendence, eschatology, positivism, ideology, gnosticism, *intellectus fidei*.

**Résumé :** cet article explore les concepts centraux et la perspective gnoseologique, présentes dans le livre *Historia de las ideas y del pensamiento político (Histoires des idées et du pensée politique)*, du professeur Rodríguez Iturbe. On fait une bref exposition des thèmes les plus importants, ainsi que des questions développées au long de l'œuvre, outre que des plusieurs perspectives d'analyse utilisées par l'auteur. Après ça, on étudie les diverses formes d'écriture de l'histoire, la différenciation entre la "narration" des événements et la "participation" de l'historien dans cette narration ; ainsi que l'influence des "idéologies" sur certains auteurs, la supercherie avec laquelle on "immanentise" l'eschatologie, et la perspective gnoseologique qui appuie ce type d'histoires. À la fin du texte, on voit que l'œuvre du professeur Rodríguez Iturbe a un profond sens thérapeutique quand on compare sa manière de voir et analyser l'histoire avec des « histoires » écrites par autres auteurs précédents, puisque sa vocation à la vérité lui permette développer un bon étude sans réductions et avec un sens clair d'unification. En cette part est très évidente l'allusion aux vertus de l'historien, ainsi qu'au sens de l'histoire même, immanente et transcendantal, qui supportent l'échafaudage des concepts et développements de l'œuvre écrite par Rodríguez Iturbe.

**Mots clés :** Histoire, immanence, transcendance, eschatologie, positivisme, idéologie, gnosticisme, *intellectus fidei*.

\* Doctor en Derecho por la Universidad Austral (Argentina). Profesor Derecho Constitucional y Razonamiento jurídico, Universidad de La Sabana, Campus Universitario Puente del Común, Chía, Cundinamarca, (Colombia). gabriel.mora@unisabana.edu.co

Recibido: 2007 - 08 - 25  
Aprobado: 2007 - 11 - 02

## Introducción

He recibido con gran emoción el encargo que me hiciera el señor Decano de la Facultad de Derecho de hacer la presentación de esta importante obra del querido profesor de la Universidad de La Sabana, José Benjamín Rodríguez Iturbe. Emoción que, como se comprenderá, se ha transformado en días de reflexión silenciosa y lectura sosegada, de tomar notas e interiorizar conceptos, de repasar eventos de una historia, como la llama él, *breve y selectiva*, pero que, agrego yo, una historia que se ha escrito con la mirada profunda y la perspectiva de quien ha comprendido el alma humana en su largo peregrinaje durante estos siglos de civilización occidental.

La historia que nos entrega el profesor Rodríguez Iturbe, como su título lo indica, es una historia de las ideas y del pensamiento político de Occidente. En algo más de dos mil páginas distribuidas en tres tomos, y un total de 28 capítulos, el autor nos lleva de su mano a los fundamentos de la cultura occidental, a Grecia, Roma, la culturización y evangelización cristiana; la Edad Media; el Humanismo, el Renacimiento y la Reforma, a España y su conquista de América; luego, en el segundo tomo, a la Modernidad y su comienzo de crisis; al racionalismo y al Estado moderno, con las grandes revoluciones que lo marcaron durante los siglos XVIII y XIX, a la época, también de crisis, que marca el final de la edad moderna. Nos lleva también, en su último tomo, al estudio del siglo XX, los esbozos de restauración del pensamiento humanista en su intento de ruptura con la mentalidad anterior; el siglo de la posmodernidad, la fenomenología, el existencialismo, el neopositivismo y el pragmatismo; ese terrible siglo XX, que se debatió entre las ideologías del mal, los totalitarismos, su fundamentación secularista,

las guerras, las potencias, y en sus postrimerías, el nuevo orden internacional, la globalización, la guerra contra el terrorismo. La obra termina con un capítulo dedicado a la enseñanza y figura del personaje de ese devastador siglo, la figura de quien nos ha dejado una luz con su pensamiento, que nos ha abierto las puertas al Tercer Milenio, la obra y el Pontificado de Juan Pablo II.

No es mi propósito, desde luego, estrechar con una síntesis, como la acabada de esbozar, todo lo que, de profundo, de largo y de ancho se expone en la obra del profesor Rodríguez Iturbe. Tampoco puedo abarcarla en su totalidad, por elementales razones de tiempo y espacio. Un intento por desglosar sus contenidos y comentarlos para que, con ello, nos llevemos todos unas ideas más elaboradas de cada tema y capítulo, del acontecer histórico que a bien se nos relata allí, es una empresa de enormes proporciones. Por tanto, esta presentación será breve.

Lo anterior no implica, por supuesto, que no procure condensar de alguna manera esta magnífica obra de las ideas y del pensamiento político desde la perspectiva de Occidente. Una especie de resumen, si se le quiere llamar así, y que, por lo demás, deberá ser bastante estrecho, de lo que a mi juicio constituyen los aspectos más relevantes presentados y desarrollados por nuestro querido profesor de humanidades. A esto corresponden mis comentarios siguientes. Sin embargo, antes de hacer este resumen, debo manifestar que mi objetivo es dar un paso adicional, procurar ir hacia a la perspectiva misma que emplea el autor en el desarrollo de sus exposiciones y conceptos, a su estatuto gnoseológico mediante el cual podamos apreciar qué tipo de historia ha escrito, con qué finalidad, bajo qué prisma, desde cuáles coordenadas científicas y,

así mismo, cuál es su provecho y valor propio para la academia hispanoamericana. A esto último responde el grueso de esta presentación.

### **Una estrecha síntesis de la *Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente***

Aclarado lo anterior, paso a exponer el primero de los aspectos mencionados, mi intento por condensar lo que me he llevado de la lectura de la obra del profesor Rodríguez Iturbe. Lo primero que debo advertir, es que se trata de una narración con estilo ameno, que busca relatar las diferentes hazañas y eventos, exponer las ideas y los pensamientos que forjaron las distintas culturas y sociedades de Occidente, que se vierten no sólo en aparatos políticos o en incontables guerras sino, además, en sus expresiones artísticas y filosóficas, en la literatura, el derecho, la economía, las ciencias, aspectos todos ellos que el autor entrelaza desde una perspectiva en la que, a la vez que se repasa la historia, con sus hechos y datos singulares, se valoran y se enjuician conductas, se postulan y se discriminan nociones y conceptos, se formulan aquellos elementos y símbolos que, a juicio de Rodríguez Iturbe, constituyen la mayor relevancia y significación del transcurrir humano en el tiempo y en el espacio.

Lo segundo que debo expresar es que se trata de una obra que proviene de un autor que tiene bien claro que la historia es algo más que un relato desarticulado de eventos, y que, además, la historia se escribe con el puño y el pulso de la libertad de seres humanos que la han moldeado, para bien o para mal, pero que, en uno u otro caso, el autor ha sabido recoger unificadamente a través de su sentido último y definitivo, aludiendo constantemente a las dimensiones que marcan la historia de cada ser humano, la verticalidad y la horizontalidad, la inmanencia y la trascendencia. La que se nos muestra y se nos enseña en esta obra es una historia humana de grandes tragedias y errores,

de fracasos y luchas, pero también de grandes aciertos y triunfos, de buenos hombres que supieron reconocer en su interior la fuerza del espíritu, y dieron la batalla por la verdad. Es una historia, sobre todo, de confianza en Dios.

Podría agregar a lo anterior, con esa misma óptica de brevedad y selectividad, aunque con mayor riesgo de incurrir en cierta parcialidad de juicio, o de preferencias no del todo justificadas, algunos de los capítulos o temas que, según creo, constituyen extraordinarios aportes del autor, tanto por el tratamiento académico que les ha dado, como por el significado que tienen para la historia de la humanidad. Así, por ejemplo, más que la historia de Grecia, desde luego importante, están sus invaluables aportes para la tradición cultural de Occidente a través de la filosofía, que Rodríguez Iturbe muestra y desarrolla con abundancia. El legado jurídico de Roma y, especialmente, la cristianización del Imperio, la conversión de los bárbaros, la obra de los Padres de la Iglesia, y la época de las dificultades con el Islam, como aspectos que forjaron una cultura europea y un legado perdurable. El autor nos expone la Edad Media con el cuidado suficiente para delimitarla en sus distintas etapas, la de los "siglos oscuros" y de regresión espiritual, la de su expansión y esplendor, en donde sobresalen las grandes *cuestiones disputadas* entre los teólogos y el papel central del Aquinate, el *más santo entre los doctos y el más docto entre los santos*, expuestos en memorables capítulos con profundidad académica y con relación de partes. La etapa de la decadencia y crisis, que da paso a la época de transición a la Modernidad, con el Renacimiento y la Reforma, aspectos que no escapan a la aguda visión de Rodríguez Iturbe y a su capacidad de escudriñar el fondo mismo de los problemas que la humanidad afrontaba. En esta parte, sobresaliente, creo yo, es el apartado que el autor dedica a Maquiavelo, figura central en un tiempo de ofuscación y cuyo influjo, como lo muestra el autor, se extenderá por varios siglos en la mente moderna de hacer y comprender la política, notoriamente marcada por su separación con la ética y la desafortunada pérdida del bien común.

El tomo dedicado a la Modernidad es, a todas luces, de gran relieve. Rodríguez Iturbe lo narra desde todas sus perspectivas posibles: desde la geografía y los cambios políticos; la literatura, especialmente la francesa, la filosofía tanto continental como anglosajona; el devenir de las grandes revoluciones, con el surgimiento del constitucionalismo moderno en Inglaterra; el contractualismo; el pensamiento político ilustrado; la visión económica; el idealismo kantiano; la Francia revolucionaria, y, de modo especialmente importante, el profundo tratamiento y cuidado que el autor hace del siglo XIX, reflejado en el singular movimiento pendular de una época de crisis y retornos, de errores y de restauración, el siglo de Napoleón, Malthus y Ricardo, de absolutismos y materialismos, de idealismos y socialismos, de positivismo e irracionalismo, de la emancipación de los pueblos de América, como también el siglo de un tímido renacer del tomismo y la Cuestión romana.

El tomo dedicado al siglo XX, que mantiene en sus comienzos ese mismo influjo del XIX, es decir pendular, es mostrado por Rodríguez Iturbe a través del surgimiento de las corrientes intelectuales que buscaron contrarrestar el pensamiento individualista de los siglos anteriores. Sin embargo, el XIX había ya abonado suficientemente el terreno para el ateísmo y sus expresiones totalitarias, que cobraron vida y se manifestaron en la Revolución de Octubre, en el fascismo y en el nazismo. El siglo XX, nos recuerda el autor, es un siglo de grandes tribulaciones, de las grandes Guerras y los bloques de oposición, de las globalizaciones y de la demencia organizada del terrorismo, un siglo marcado por una profunda incertidumbre y que el autor se encarga de mostrar, desprevenidamente, en su más cruda significación. En sus postrimerías, sin embargo, la obra nos retorna al sosiego con su inigualable capítulo dedicado a Juan Pablo II, el Grande. El autor, pienso, remata de la mejor manera su narrativa de la historia. Se trata de un capítulo que restaura la confianza, y además, que confirma su particular visión de trascendencia de la historia, al trazar el rumbo de la esperanza en una nueva Evangelización. En ese transitar por el que nos

ha llevado Rodríguez Iturbe, y que culmina en el corazón del amado Papa, la Cruz se erige como signo del sosiego y de la esperanza, y las tribulaciones encuentran su frontera al cruzarse con la confianza depositada en el Creador. No hay que tener miedo, y nuestro corazón no debe afligirse ante el sinsentido de estos tiempos con sus contradicciones, tiempos marcados por un profundo sufrimiento y maltrato a la persona, tiempos de nihilismo y escepticismo en la esfera del pensamiento. Con Juan Pablo II se rescata la persona que la Modernidad y Posmodernidad habían olvidado. Se destaca la primacía de su dignidad o, como lo señala el autor, la primacía del hombre sobre las cosas, pero también del trabajo humano sobre el capital, la ética sobre la técnica, y el espíritu sobre la materia.

### **El linaje académico del profesor Rodríguez Iturbe. El sentido, siempre presente, de la historia humana, ante la falacia de la “inmanentización escatológica”**

Creo que con lo expuesto en los anteriores párrafos podemos llevarnos una idea un poco más amplia de la obra escrita por el profesor Rodríguez Iturbe, aunque se trate de una idea siempre limitada, como lo sostuve antes, a los estrechos márgenes de un resumen, y en este caso, de un resumen breve.

De todas formas, quiero ahora exponer lo que, a mi juicio, nos permite ir al núcleo de la obra que tengo el privilegio de presentar. Por núcleo de la obra entiendo, desde luego, el tratamiento teórico que se le ha dado, pero cuya comprensión está estrechamente ligada, o es inescindible, de su creador. En esto me aventuro a muchas cosas, aunque me parece que la obra en sí misma, como mi conocimiento del autor, me permiten alcanzar este objetivo con cierta suficiencia. Empiezo por exponer lo que, creo yo, son las formas básicas de escribir la historia, o por lo menos, aunque de manera simplifica-

da, han sido las formas comunes que permiten hacer clasificaciones y, por supuesto, diferenciaciones entre las mismas. Posteriormente señalaré a cuál de ellas pertenece nuestro autor.

La primera forma de escribir la historia es cuando el historiador narra eventos y acontecimientos pasados e intenta hacerlo, por decirlo así, de una manera “aséptica” y “neutral”, procurando no inmiscuirse en el contexto y entorno de su narración. Esta clase de historia, desde coordinadas epistemológicas, encaja con una visión que en la Modernidad encontró grandes defensores en el denominado *positivismo científico*. Los positivistas científicos planteaban que toda explicación sobre cualquier asunto humano, para llamarse verdaderamente científica –y por esto entendían la exigencia de demostración objetiva y rigurosa, universalmente válida–, no podía ser ni trascendente ni inmanente, sino tan sólo una constatación acrítica de los hechos observados y experimentados por el estudioso<sup>1</sup>.

Eric Voegelin sostenía que esta forma de aproximación a las realidades humanas no pasaba de ser un intento por recopilar y acumular hechos y datos no digeridos teóricamente, una agrupación de eventos irrelevantes relatados sin criterio de unificación, es decir, sin ofrecer un sentido propio y una unidad de la realidad estudiada<sup>2</sup>. Si bien el positivismo científico encontró en la Modernidad un espacio apropiado, y un formidable impulso de la mano de figuras como Augusto Comte, en cuanto actitud, ligeramente académica, puede rastrearse con alguna facilidad a lo largo de toda la historia. Recordemos cómo, en la antigüedad, el propio Aristóteles tuvo que vérselas con algunos “positivistas”, o como los llama Voegelin, “inoportunos de su época”, quienes le exigían demostraciones plenamente objetivas a sus planteamientos y tesis. El Filósofo, desde luego, les dio una respuesta satisfactoria, al recordarles que un “hombre educado” no podía esperar la exactitud ma-

temática en un tratado, por ejemplo, sobre la política. Decía así el Filósofo: “[E]s propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada materia en la medida en que la admite la naturaleza del asunto; evidentemente, tan absurdo sería aceptar que un matemático empleara la persuasión como exigir de un retórico demostraciones”<sup>3</sup>.

La forma científica de entender y escribir la historia carece de su elemento más importante, la mirada de unidad y sentido que los acontecimientos singulares implican de suyo. Como sostenía Gerhart Niemeyer, profesor emérito de la Universidad de Notre Dame, la historia, como el ser, el cosmos, la naturaleza, es un concepto de *unidad*. Como tal, sus dificultades no están determinadas tanto por la dimensión del tiempo, como por la libertad del hombre que hace posible los actos, las hazañas y los eventos singulares<sup>4</sup>. Aisladamente, esos actos, hazañas y eventos, contemplados “científicamente”, no son más que datos contingentes y fenoménicos, que no dicen mayor cosa si no son comprendidos en relación de partes, en conjunto, significando y ordenando la propia existencia humana hacia fines moralmente relevantes. Las crónicas de las *res gestae*, de los actos humanos que han sido realizados en el pasado, sin esa significancia y relevancia de la libertad y de un contexto que los unifique, expresan datos fríos que no logran traspasar su propio tiempo. Se estancan, se suspenden, a la vez que se inhiben de proporcionar diferencias y contrastes, carecen de una medida que los haga plausibles por su ejemplo, o su desprecio por su maldad.

Algunos historiadores antiguos, como Heródoto, que hacía de las Guerras Médicas o Persas el “hilo conductor de la historia universal”; Tucídides, quien trató de distinguir las causas profundas y no profundas de la Guerra del Peloponeso, o Polibio, con su documentación de las Guerras Púnicas en un contexto de historia general del mundo, intentaron a su modo y con

1 Cfr. J. B. Rodríguez Iturbe, *Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente*, Bogotá, Universidad de La Sabana-Grupo Editorial Ibáñez, 2007, tomo 2, pp. 538-539.

2 Cfr. E. Voegelin, *The New Science of Politics. An Introduction* (1952), Chicago, The University of Chicago Press, 1983, pp. 1-26.

3 Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, I, 1094b 22-25.

4 Cfr. G. Niemeyer, “History and Civilization”, en *Within and Above Ourselves. Essays in Political Analysis*, Wilmington, ISI Institute, 1996, p. 3.

bastantes limitaciones, trascender de alguna manera la simple recopilación de fenómenos inertes. Pero, sin embargo, no alcanzaron a divisar –y en esto el profesor Rodríguez Iturbe lo expone con claridad– un sentido de unificación que superara su propia visión delimitada por un contexto, hasta cierto punto trágico y hasta cierto punto predeterminado, del acontecer humano entendido en su sentido más pleno. Faltarán algunos siglos más para que, como afirma Niemeyer, aparezca una historia con ese sentido pleno de humanidad y con unidad de significación inclusiva y universal: la *Civitas Dei* de San Agustín (sobre esto volveré más adelante).

Pero no nos desviemos de lo inicialmente planteado. Decía que hay varias formas de escribir la historia. La primera, que se acaba de exponer, es la forma del positivismo científico. La segunda es una hija bastarda suya. Consiste en la asunción dogmática del historiador de haber encontrado, mediante su cuidadosa observación “científica” de los acontecimientos pasados, una “ley” de los fenómenos sociales que, dice el historiador, sintetiza, explica y resuelve todos los interrogantes relacionados con el comportamiento histórico de la humanidad, pero, además, que permite orientar inexorablemente su destino. Esta forma de entender y explicar la historia es más compleja que la anterior, y su desarrollo ha alcanzado elaboradas manifestaciones a lo largo de los últimos tres siglos. Su complejidad deviene de la elección que hace el historiador de los elementos conceptuales y fácticos con los cuales construye su historia. La pregunta pertinente a este respecto parece obligatoria: ¿qué hechos y cuáles conceptos son los que explican esa ley de síntesis de la historia? Y también, ¿cuál es el criterio de su elección?

La profusión de pseudo-teorías e “historias” escritas desde el siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX es una consecuencia directa de la profusión de los hechos –de su infinitud– y, desde luego, de los conceptos elegidos. Esto demuestra, de entrada, que la mencionada ley de síntesis de la historia termina siendo una amalgama de los distintos puntos de vista de los historiadores, o que, en conjunto, existen

tantas leyes como tantos pensadores e historiadores han escrito sobre las mismas. Todo muy sospechoso. Lo más interesante de esta cuestión reside, en todo caso, en que cada uno de los historiadores concibe su propia ley como la que explica, sintetiza y resuelve los interrogantes de la historia. La “ley de los tres estadios” de Augusto Comte, para explicar las etapas por las cuales ha transcurrido la evolución de la humanidad y su inevitable destino hacia la liberación de residuos teológicos y metafísicos, con el advenimiento del estadio positivo, tenía precisamente ese alcance de síntesis definitiva. Algo similar acontece con el materialismo histórico y dialéctico de Karl Marx, como manera de dar cuenta del motor que mueve al hombre hasta un soñado paraíso comunista. Los ejemplos se multiplican si uno hace un barrido a pensadores políticos de la Modernidad, que marcan derroteros y establecen agendas de posteriores desarrollos históricos, tanto políticos como filosóficos. Es el caso del rastreo del mayor potencial humano que, por ejemplo, Thomas Hobbes, en su *Leviatán*, lleva a cabo a la luz de la incontestable “maldad intrínseca” y el miedo a la muerte violenta que poseen los hombres en su estado de naturaleza, como signo trágico del individuo y como causa indisputable del Estado omnipresente y totalitario. O la ingenua pero arraigada creencia de Jean-Jacques Rousseau de la asocialidad del ser humano, la vida entre arbustos que poseen unos buenos salvajes incorruptos, y cuyo mayor mal fue el haber encontrado, a través de “lo propio”, la sociedad, aquel estado que ha llevado a los seres humanos a sus grandes tragedias y a sus mayores desgracias. En todos estos ejemplos se nos dice cuál es el destino que nos espera. Y como los ejemplos pueden multiplicarse, es menester preguntar de nuevo, ¿cuáles son los criterios para elegir las explicaciones sobre la vida, lo humano, el destino del hombre? Todo sigue siendo muy sospechoso.

La historia, comprendida en los anteriores términos, nos lleva necesariamente a sostener que la Historia (con mayúscula) está llena de historias construidas con nociones indiscriminadas, cada una de las cuales, a su modo y manera, se erige como símbolo de síntesis de una

promesa o porvenir definitivo de la existencia humana. En realidad, cada una, en su manejo pseudo-conceptual, le atribuye a la historia cierta sustancia, voluntad, intención o propósito, adjuntándole con ello un itinerario predeterminado respecto del cual no es posible su discusión; un itinerario que exige sin condiciones, que señala el rumbo de la humanidad, bien sea a un “paraíso” intramundano perdido, o a que aceptemos nuestras desgracias resignadamente, como una forma de liberación meramente psicológica<sup>5</sup>.

En cualquiera de estos casos, de esas historias parcializadas, hay siempre, por una parte, la promesa de la salvación del hombre a través del Estado, el partido, la raza, la sociedad, lo que Voegelin llamaba “the fallacious inmanentization of the Eschaton” (la falaz inmanentización escatológica), nada diferente al intento de suplantar “la verdad eterna y revelada” de Dios a los hombres, por la ideología, en quien reposa ahora la culminación de la historia y su comprensión definitiva. Por otra parte, en esas historias, construidas con nociones indiscriminadas, aparece la figura del expositor, del pensador, del historiador propiamente dicho, quien se muestra ante los demás como el “iluminado”: ha obtenido por alguna razón misteriosa y desconocida para los demás mortales una cierta revelación de los secretos del mundo. Se nos presenta como quien ha captado lo más radical de la existencia humana: su estado de alienación y de hostilidad; la radical corrupción del ser y de la realidad entera; las fuerzas bajas que gobiernan la Tierra; el caos que supuso la Creación; el desorden de una voluntad Divina que echó a andar al mundo y lo abandonó a su sola suerte.

Hans Jonas ha estudiado, como ninguno otro, esta peculiar característica de las ideologías modernas, sus simbolismos y especulaciones; su psicología; sus construcciones esotéricas; su impacto en la vida de pueblos y naciones; la cultura que ha generado<sup>6</sup>. Las ideo-

logías modernas, con su peculiar forma de “escribir la historia”, dice Jonas, hacen parte de un movimiento legendario llamado gnosticismo, cuyo elemento central reside en afirmar que el mundo ya no responde, o nunca ha respondido, a aquel orden intrínseco que la cultura helénica llamaba cosmos, ni responde tampoco al mundo judeo-cristiano de la Creación de Dios, quien encontraba en ella, en lo que había creado, algo “bueno”, o algo “muy bueno”<sup>7</sup>. El historiador gnóstico ha renunciado a percibir con admiración el orden intrínseco de la realidad, pues para él el mundo se ha convertido en una prisión de la cual hay que escapar de alguna forma, y cuya clave él mismo está dispuesto a develar. La *gnosis* se transforma así en el “conocimiento” que poseen unos elegidos, y cuyo objetivo final es siempre la destrucción de un viejo mundo y el pasaje a uno nuevo, que sólo ellos afirman haber encontrado<sup>8</sup>.

¿Qué es lo que les falta a esas historias surgidas al amparo del gnosticismo, y que están comprometidas con una agenda política clara? Les falta, desde luego, lo que le falta a toda ideología: apertura del alma para admirar la realidad, honestidad intelectual para mirar el pasado con la intención de la verdad, y voluntad para forjar el horizonte del mundo con un sentido de plenitud que le trasciende. Voegelin planteaba, en esta misma línea de aproximación al tema, que todo conocimiento serio debe partir de la “existencia pre-científica del hombre”, de su participación en el mundo con su cuerpo, alma, intelecto y espíritu; de su capacidad de asir abiertamente todo lo que le circunda y, a partir de allí, explorar metodológicamente, sin apasionamientos, con actitud teórica, la verdad inagotable de nuestro campo de realidad<sup>9</sup>.

Además de lo anteriormente formulado, puede agregarse que lo que caracteriza, radicalmente, a las historias ideológicamente marcadas, es no sólo su reduccionismo epistemológico

5 Cfr. *Ibid.*, p. 4.

6 H. Jonas, *The Gnostic Religion. The message of the alien God and the beginnings of Christianity* (1958), Boston, Beacon Press, 1963.

7 Cfr. *ibid.* Véase también, sobre el tema, Eric Voegelin, *Science, Politics and Gnosticism* (1968), Washington, Gateway, 1990, pp. 3-12.

8 Cfr. Voegelin, *Science, Politics and Gnosticism*, ob. cit., p. 11.

9 Cfr. Voegelin, *The New Science of Politics*, ob. cit., p. 5.

co, sino al lado suyo el catálogo de prohibiciones que establecen: son pensadores que prohíben que se les contra-pregunte, o se les formulen cuestiones que se encuentren más allá de lo que cada uno de ellos esté dispuesto a conceder según el propio “constructo” de conceptos y definiciones que previamente han establecido. Sobresalen, en ese catálogo de prohibiciones, aquellas preguntas que están referidas al hombre histórico desde un contexto metafísico, que involucren principios universales del saber humano, o bien, que intenten elevar un interrogante relacionado con la dimensión trascendente de la historia desde la perspectiva del *amor de Dios* a los hombres. Los sentidos ontológico, teleológico y teológico de la historia, son aspectos incómodos para estos historiadores.

Llegamos así, con estos datos de contraste previamente expuestos, a nuestra tercera forma de escribir la Historia. Se intuye en primer lugar, con lo dicho, que dicha forma presupone condiciones, llamadas propiamente virtudes, tanto intelectuales como morales, del historiador. Escribir la historia desde este punto de vista presupone, por una parte, humildad para encarar, con apertura y admiración, los eventos, las hazañas y los acontecimientos del pasado. La humildad conlleva que el historiador no imponga requisitos, ni suplante sus fines mediante la elección de leyes que predestinen al hombre, so pena de negarle su libertad y su propia fuerza para buscar la verdad en ella. Conlleva también que el historiador no se presente como quien posee el conocimiento que devela los misterios del mundo, y que sólo él es capaz de enseñar a los demás. Esta forma de escribir la historia también presupone la serena facultad de discernir correctamente los descubrimientos, dar significancia y relevancia a los datos obtenidos, sabiduría para comprender la ciencia histórica a partir de sus primeros principios, y entendimiento que nos abre al *propter quid*, a la verdad de cuanto nos rodea. En esta lectura el historiador se reconoce participante de una historia que le es dada, la que con sus actos puede ayudar a conducir. No resuelve todas las incógnitas, pero tampoco deja sin resolver la condición humana y la lucha por su

dignidad. Desde una óptica cristiana, requiere de la Fe que nos abre a la verdad participada y revelada por Dios. Acá reside, quizás, la clave más importante para captar el verdadero contraste con las ideologías que escriben historias. La verdad no ha sido sólo el resultado de las fuerzas solitarias del hombre, sino que, por el contrario, también ha sido en parte revelada por Dios, gratuitamente. Al hombre, desde la perspectiva de “lo dado”, se le ha entregado un tesoro. Así mismo, el historiador requiere de la Esperanza, que es la que nos da la confianza en que todo nuestro acontecer como seres humanos, inmersos en la historia, tiene un sentido de plenitud, que trasciende todo cuanto haya de trágico, o de fortuna, en nuestra existencia individual o colectiva. Requiere, desde luego, de la virtud que ordena y articula, por así decirlo, todas las virtudes anteriores, el *amor a Dios y al prójimo*.

En esta forma de escribir la historia el historiador está, por convicción, abierto al diálogo. En su proceder, con los datos que obtiene no está interesado en prohibiciones “intelectuales” de ningún tipo. Permite contra-argumentos, permite tomar en cuenta el valor de las ideas que han modelado la conducta humana y el curso de los pueblos a lo largo de la historia y, así mismo, tiene puesta su mira en el conjunto, en la relación de partes, en lo intramundano e inmanente, pero también en lo extramundano y trascendente. Con este arsenal no despreciable de condiciones, su historia se nutre de una perspectiva en la que, individual y colectivamente, se estudia al hombre sin reduccionismos: desde lo fenoménico y singular, hasta lo ontológico y universal. Toda su “recopilación” de eventos es articulada bajo el hilo conductor del *sentido* que es lo que le otorga la unidad a su estudio. Puede decirse con toda claridad que el historiador no es ni puede ser neutral ante este hecho, el cual opera como criterio convergente de su estudio, porque es también el dato en el que converge la propia historia. Karl Löewith sostenía que la historia es significativa cuando, precisamente, se comprende bajo el prisma de un sentido que le trasciende y que va más allá de los hechos actuales y pasajeros. Agregaba que, en tanto que

la historia es un movimiento en el tiempo, ese sentido se erige tanto en su meta como en su destino final<sup>10</sup>.

El profesor Rodríguez Iturbe pertenece a esta clase de historiadores cuyo linaje puede ser rastreado hasta San Agustín. Veamos esto brevemente. La historiología del Obispo de Hipona puede ser explicada, a grandes rasgos, a través de las siguientes tesis<sup>11</sup>: en primer lugar, Agustín nunca extrapola el concepto de unidad de la historia a partir del relato de eventos mundanos acaecidos en el tiempo, ni agrupó una multitud de hechos alrededor de un tiempo específico. Por el contrario, los combinó todos desde una perspectiva en la que sobresale la dimensión ontológica de su acontecer. En segundo lugar, su perspectiva antropológica permite la inclusión de eventos y acontecimientos acaecidos en el tiempo, es decir, mundanos, en el más estricto sentido del término. Pero además, y como consecuencia de una combinación de las tesis anteriores, su comprensión de la historia se mueve a través de la ilación de los acontecimientos en virtud de un principio que a la vez que los trasciende, los unifica. El misterio del hombre, siempre presente en la historia, es no sólo reconocido por San Agustín, sino además mostrado mediante interrogantes precisos que buscaron dar respuestas al origen y al destino del hombre, y esto es, precisamente, lo que le permite descubrir ese *movimiento* de la existencia humana hacia la plenitud que converge, desde la cual deriva el propio sentido de trascendencia que posee la historia. Está latente en San Agustín, para emplear una afortunada expresión platónica, la experiencia de la *metaxy*, la tensión existencial entre lo que somos y seremos, el *in-between* que nos hace sabernos caminantes y viajeros, andando siempre en la búsqueda de la felicidad.

La historia que entrega Rodríguez Iturbe a la academia hispanoamericana, *breve y selectiva*, contiene expresamente estas mismas indicacio-

nes y premisas, como paso a demostrar en lo que resta de esta presentación. En efecto, tanto en la introducción a su obra, como en su capítulo de apertura, que titula “¿Por qué la Historia? La aventura de la libertad en el espacio y en el tiempo”, el autor se encarga de delimitar los elementos centrales de su estudio, las perspectivas que asume, los conceptos básicos que soportan el hilo de sus argumentaciones y, además, nos señala que él escribe esta historia sin desconocer los hechos, acontecimientos e ideas que han modelado el ámbito occidental y su cultura, pero agrega que lo hace desde sus propios condicionantes históricos y, así mismo, que asume posiciones claras ante el sentido y el destino de la humanidad, en fin, que su interés primordial es la apertura y mirada al horizonte de la verdad. Desarrollemos brevemente estas indicaciones que son centrales en su obra.

En primer lugar, Rodríguez Iturbe señala que su objeto de estudio son los asuntos humanos acaecidos en distintas épocas, mundos reales y sucesos varios que demarcan la historia política y cultural de Occidente. Mundos reales, no historias ficticias. Busca captar la historia en cuanto objeto que le ha sido dado, y no en cuanto un objeto susceptible de ser deformado por sus personales creencias y convicciones. Así mismo, en la historia, afirma, “es necesario considerar, en su relieve de *hechos*, a las palabras *dichas*”, las cuales, en cuanto *dichas*, se convierten para el propio historiador en hechos, y en ese sentido “el sendero de lo actuado lleva necesariamente al pensamiento de quien actúa en un marco de espacio y tiempo, y a su manera secuencial de expresarlo”<sup>12</sup>. De entrada hay con esto una delimitación del campo de estudio al que nos invita el autor, con una clara perspectiva de apertura a los mismos: acontecimientos humanos ocurridos en la historia cultural y política de Occidente, entendidos como *hechos*, pero además, a su lado, el pensamiento y las ideas que los acompañan. Por eso se trata de una “historia del pensamiento y las ideas políticas” que demarcan los acontecimientos –los hechos– que han forjado la historia del mundo occidental.

10 Cfr. K. Löewith, *Meaning in History*, Chicago, UP, 1949, p. 5.

11 Mi exposición en este punto sigue las explicaciones de Gerhart Niemeyer, contenidas en el ya citado escrito “History and Civilization”, pp. 4-25.

12 Rodríguez Iturbe, *Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente*, ob. cit., p. 35.

Agrega el autor, por otra parte, que “no cabe duda que hay que centrar la atención en los hechos, sin que el historiador pueda prescindir de las condicionantes de su perspectiva cultural e intelectual”. Con esta indicación Rodríguez Iturbe manifiesta que la historia no puede ser escrita de manera neutral, como si se tratara de una simple *speculatio* o un mero reflejo de los acontecimientos, aquella recopilación de datos irrelevantes y teóricamente deficientes, a los que me referí cuando planteaba las coordenadas del positivismo científico. Por el contrario, el autor afirma tajantemente que la “crítica histórica no es algo aséptico, especie de labor neutra”, sino una participación del propio historiador en el drama existencial humano: ver el ayer con los ojos del hoy resulta casi inevitable, porque el juicio histórico depende de las propias y personales experiencias del presente<sup>13</sup>. Esta aproximación no invalida, por supuesto, el respectivo estudio, porque su propia perspectiva de participante no implica la atribución de “leyes” o “requisitos” o “acomodos” de lo que relata. No priva al historiador, con otras palabras, de la objetividad, ni le lleva a forzar los acontecimientos que ya fueron. No implica una “ideologización”, ni es un intento por hacer prevalecer dogmáticamente un interés cualquiera. No es, en suma, la “discriminación arbitraria de acontecimientos”, por empatía o por antipatía<sup>14</sup>.

Nótese que en este punto la diferencia con las historias escritas ideológicamente reside en que, en éstas, se discriminan arbitrariamente los acontecimientos, mientras que, en la perspectiva de nuestro autor, los acontecimientos son presentados como hechos ciertos respecto de los cuales nuestra razón es capaz de discernir y juzgar correctamente. “Que [la perspectiva del historiador] no sea algo aséptico, falsamente neutro –dice Rodríguez Iturbe– no indica ni supone (...) que la subjetividad prive sobre la objetividad de los hechos. La *historia conjetural* [por ejemplo de las ideologías] no es, en realidad, historia”, sino una visión instrumental de los hechos que son “reconstruidos” para servir

a los intereses que el historiador tenga en mente<sup>15</sup>. Lo que sí es necesario, continúa el autor, valiéndose de una frase afortunada de Toynbee, es decir abiertamente al lector cuál es su perspectiva de estudio y cuáles son “sus prejuicios”. El historiador honesto no es aquel que no posea prejuicios, sino aquel que dice a sus lectores cuál es su prejuicio<sup>16</sup>. En el caso del historiador Rodríguez Iturbe, su prejuicio es la dignidad humana y su especial trascendencia hacia un destino, como se verá más adelante.

En segundo lugar, el autor manifiesta que su obra es sobre la historia, pero no limitada a la exposición de eventos y acontecimientos desarticulados entre sí. “En las distintas unidades que componen el *corpus* del texto –afirma– podrán verse elementos filosóficos y teológicos, artísticos y literarios. No quiere ello decir –continúa el autor– que sea una *colcha de retazos*. Hay un hilo conductor y una unidad en el conjunto”<sup>17</sup>. Con estas indicaciones, no está demás decirlo, la historia escrita por Rodríguez Iturbe se separa tanto de las coordenadas científicas del positivismo, como de los autores que prohíben asumir una perspectiva ontológica y teleológica de la realidad.

En tercer lugar, y muy ligado al punto anterior, Rodríguez Iturbe es claro en decir que

[u]na *breve historia selectiva* supone hablar, con perspectiva histórica, de la dimensión social de la persona, tanto en la esfera de lo personal, desarrollándose en el ámbito de las sociedades intermedias que componen la llamada sociedad civil; como en el de las instituciones que vertebran la que, en sentido más estricto, se considera la sociedad política<sup>18</sup>.

En esta idea reposa la dimensión más sobresaliente que, según mi criterio, posee este trabajo. En efecto, sostiene el distinguido profesor que lo anterior lleva necesariamente a tomar en consideración, “ante todo, una antropología

13 *Ibid.*, p. 38.

14 *Ibid.*, p. 35.

15 *Idem.*

16 *Ibid.*, p. 37.

17 *Ibid.*, p. 17.

18 *Ibid.*, p. 19.

filosófica”, y más detenidamente, agrega, una “antropología filosófica de base metafísica”, como perspectiva indispensable para evitar las distorsiones en las que han incurrido tantas “historias” a lo largo de varias centurias<sup>19</sup>.

Rodríguez Iturbe reconoce, con toda razón, que esta forma de exponer la historia de las ideas y del pensamiento político es contraria a la cultura dominante, en la que impera un claro individualismo: “El rugido del individualismo de combate –con nuevos uniformes y nuevas armas– presenta, como emblemáticos, a algunos heraldos de una nueva era, con su moral entendida como *lógica de la acción*, y atada, por ello, variablemente, al patrón social imperante y a las costumbres sociales existentes”<sup>20</sup>. Su perspectiva de la historia, por el contrario, “permite (...) aportar alguna protección intelectual contra esa virosis que supone la reducción de lo universal a lo particular, o dicho de otra manera, contra el intento de presentar como criterio universal lo particular”<sup>21</sup>.

En cuarto lugar, y como consecuencia de lo recientemente expuesto, el profesor Rodríguez Iturbe se muestra como un historiador que ha “tomado partido”. Su perspectiva busca presentar la historia de las ideas y del pensamiento político con un claro sentido terapéutico, desde la verdad, procurando iluminar el ayer con los ojos de hoy<sup>22</sup>, y con la mirada puesta en lo más significativo del hombre. Esta mirada está, por una parte, abierta a la cultura y a la libertad humana. Pero al mismo tiempo, está abierta también a la dimensión trascendente de lo humano, mediante lo cual es posible medir, evaluar, juzgar y tomar partido cuando se narran historias, se comentan hazañas, se analizan las guerras, se estudian las “ideologías del mal”, o se advierten los errores de la cultura. Sin este hilo conductor no habría manera de dar cuenta de las enseñanzas que la historia nos brinda, esa capacidad suya de aconsejarnos para que

no repitamos sus desafortunados momentos, o para que imitemos sus eventos y hechos más preciados.

La verdad, entonces, se torna así en la categoría conductora del estudio de la historia que Rodríguez Iturbe busca presentar. La verdad, nos dice, supone siempre una referencia a nosotros mismos, y nos invita a no ser meramente espectadores, sino más bien, por el contrario, a vivir en su horizonte, en su propio ámbito, y no a su margen, ni en su contra.

Vivir en la verdad –dice– es la exigencia que plantea siempre la rectitud del espíritu. [Y] esto supone no sólo una actitud intelectual sino un compromiso existencial: el rechazo de la falsedad, de la mentira, como secuela del desafío permanente de buscar la verdad y abrazarla al encontrarla, sin pretender deformarla ni banalizarla con instrumentalizaciones de bajo alcance<sup>23</sup>.

Finalmente, en quinto lugar, la perspectiva de la verdad es mostrada por Rodríguez Iturbe en su mayor plenitud al estar orientada a producir en nosotros una liberación. En este punto aparece su comprensión de la historia en su mayor radicalidad, lo que previamente había señalado mediante las nociones del “sentido”, “verticalidad” o “trascendencia” del acontecer humano, que viene a ser, así mismo, la forma contundente, y por lo demás única, de hacerle frente a la que Voegelin denominaba la “falacia de la inmanentización del *eschaton*”, aquellas historias escritas de la mano de las ideologías gnósticas.

La explicación del profesor Rodríguez Iturbe a este respecto parte de una comparación con el mundo griego. Sostiene que, si bien el pensamiento griego poseía importantes elementos para comprender la historia desde las coordenadas de la verdad, carecía sin embargo de la posibilidad de trascenderla porque su énfasis estuvo puesto en una cosmovisión afianzada en la *polis*, capaz, sí, de dar un sentido transhumano a la existencia del hombre, pero

19 Idem.

20 Ibid., p. 20.

21 Ibid., p. 23.

22 Ibid., p. 38.

23 Ibid., p. 45.

no, en cambio, un sentido de su plenitud trascendente<sup>24</sup>. La mentalidad griega, a juicio del autor, se refugió en la tragedia, como oportunidad de enseñar la *areté* del ciudadano. En la tragedia, la cultura griega se refugia para hacer hablar a los dioses, con una evocación simbólica del pasado en el que aparece por lo general un fatal destino del hombre que se nutre de una contradicción insalvable entre polos opuestos. Esto es bastante claro en *Antígona*, la “heroína del Derecho natural”. Sin embargo, su sentido trágico no le sirve para dar respuesta plena al interrogante central de la historia, porque se presenta al hombre desde unas coordenadas insalvables de espacio y de tiempo.

La visión cristiana de la existencia vino a superar ese sentido trágico al revelar la dimensión vertical de la vida que, como dice el profesor Rodríguez Iturbe, “evade las trampas insalvables que se tienden (al comportamiento humano) en una visión de la vida limitada a una dimensión estrictamente horizontal”<sup>25</sup>. Así las cosas, cuando se llega a esta perspectiva,

el sentido trágico no sirve para dar respuesta cabal al interrogante de la historia. Si la realidad concreta –son las palabras de nuestro autor– se presenta al sujeto con coordenadas insalvables de espacio y tiempo, el descubrimiento de Dios (...) le enseña que sólo Aquel que está fuera y sobre el tiempo, y que es a la vez Rector del tiempo, puede permitirle, con coherencia y racionalidad, liberarse de las coyunturas de [su propia] tragedia<sup>26</sup>.

En dicho sentido, la existencia histórica del hombre, “más allá de todo fatalismo, encierra un misterioso desafío: el desafío de la libertad” y la liberación que proporciona la verdad en Dios<sup>27</sup>. Libertad que se nos muestra como vocación a nuestra propia autorrealización, libertad que nos enseña nuestra finitud ante el misterio.

24 *Ibid.*, pp. 45-46.

25 *Ibid.*, p. 46.

26 *Ibid.*, p. 47.

27 *Ibid.*, p. 50.

Llegamos así al núcleo de la exposición de la historia en Rodríguez Iturbe. Se trata de su explícita formulación de una perspectiva cristiana de la historia, que la considera *Sub specie aeternitatis* (bajo razón de eternidad) en contraposición a otras historias que la juzgan *sub specie humanitatis* (bajo razón de humanidad)<sup>28</sup>. En esto, nuevamente, se puede señalar el contraste y a su vez la comparación con las historias gnósticas y las historias comprometidas ideológicamente. La falacia de la inmanentización del *eschaton* consiste en que, por una parte, tanto los gnósticos como los ideólogos percibieron la dimensión del “más allá”, la dimensión trascendente de la historia. Esto es, no rechazaron que la existencia humana reclama, postula o exige dicha dimensión. Sin embargo, al tiempo de reconocerla, la traslaparon en sus propias historias para hacerla “intramundana”, es decir, para que la trascendencia fuera ahora percibida dentro de la inmanencia histórica, atribuyéndole por tanto algo “humano” a lo que posee un carácter de divinidad y que es, a su vez, necesariamente trascendente a nosotros<sup>29</sup>. El hombre, desde esta perspectiva, falaz, también se “salva” en la historia, sólo que ahora lo hace a través de la ciencia, del paraíso comunista, de un estadio económico y material de la sociedad, o de cualquier institución semejante. La providencia, dice nuestro autor, es reemplazada por el progreso<sup>30</sup> y el Estado vino a ser, a fin de cuentas, el agente de la redención<sup>31</sup>. El motor que ha movido a estas historias, no está demás reiterarlo, es la *gnosis*, el conocimiento de unos iluminados que nos enuncian ese destino final y meramente intramundano del hombre.

Por el contrario, la mirada cristiana de la historia no puede, con las solas fuerzas de su

28 *Ibid.*, p. 64.

29 Sigo en esto, casi literalmente, la explicación de Gerhart Niemeyer, contenida en su escrito “Greatness in Political Science: Eric Voegelin (1901-1985)”, en *ibidem*, *Aftersight and Foresight. Selected Essays*, Lanham, Intercollegiate Studies Institute, 1988, pp. 205-215 (el contexto citado está en p. 213).

30 Cfr. Rodríguez Iturbe, *Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente*, ob. cit., p. 67.

31 *Ibid.*, p. 69.

razón, o de su conocimiento, intentar develar plenamente su propio destino, sino que requiere del *intellectus fidei*, de la inteligencia de la fe, mediante la cual, la visión del creyente no hace cosa distinta que reconocer “la relación misteriosa que se establece entre tiempo y eternidad”, entre historia y escatología. Nos dice a este respecto Rodríguez Iturbe que “la fe no es un impedimento de la racionalidad, sino un antídoto contra los falsos sucedáneos de la verdad”<sup>32</sup>, pues su perspectiva, contrariamente a la perspectiva ideológica y gnóstica, no deja al hombre en su soledad trágica, ni le invita a creer en promesas temporales que, justamente por eso, no son más que pasajeras, imperfectas y sujetas a su propia finitud.

Así pues, la historia que nos entrega el querido profesor de la Universidad de La Sabana es una historia de ideas y de pensamiento político, de hazañas y acontecimientos expuestos con ese *intellectus fidei* que penetra lo más íntimo de la realidad, que llena de paz al *homo viator* porque le hace comprender que su propia dimensión histórica es un paso, tan sólo un paso, a su plenitud en Dios. La historia, *breve y selectiva*, escrita por Rodríguez Iturbe, está cimentada en la perspectiva de la Cruz que simboliza nuestra propia realidad y nuestro ulterior destino, nuestra dimensión inmanente y trascendente a la vez. La Cruz, en fin, que nos enseña el tiempo, y con él sus acontecimientos

y hazañas, pero que, también, nos revela la promesa de Eternidad.■

## Bibliografía

Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, (trad. Julio Palli Bonet), Madrid, Editorial Gredos, 2000.

Jonas, H., *The Gnostic Religion. The message of the alien God and the beginnings of Christianity* (1958), Boston, Beacon Press, 1963.

Löewith, K., *Meaning in History*, Chicago, UP, 1949.

Niemeyer, G., “History and Civilization”, en *Within and Above Ourselves. Essays in Political Analysis*, Wilmington, ISI Institute, 1996.

Niemeyer, G., “Greatness in Political Science: Eric Voegelin (1901-1985)”, en *Aftersight and Foresight. Selected Essays*, Lanham, Intercollegiate Studies Institute, 1988.

Rodríguez Iturbe, J.B., *Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente*, Bogotá, Universidad de La Sabana-Grupo Editorial Ibáñez, 2007.

Voegelin, E., *Science, Politics and Gnosticism* (1968), Washington, Gateway, 1990.

Voegelin, E., *The New Science of Politics. An Introduction* (1952), Chicago, The University of Chicago Press, 1983.

32 *Ibid.*, p. 62.

